



Natividad de San Juan Bautista

Concatedral de San Nicolás, 24 de junio de 2019

La hora de esta celebración eucarística en la Solemnidad de S. Juan Bautista nos ayuda a pregonar el final del gran día de nuestras fiestas, también a tener una mirada de sosiego para contemplar y celebrar la figura extraordinaria de S. Juan.

La Iglesia celebra en este día su nacimiento. Se da la circunstancia de que, junto a María, Juan el Bautista es el único santo de quien se conmemora el día de su nacimiento. Sus vidas (de forma única y absoluta) resultan inexplicables sin tener a Jesús como referente: los dos nacieron para Jesús. María para ser su madre y Juan para prepararle el camino.

En los iconostasios bizantinos se les representa a ambos junto a la puerta central, que es Cristo. Una por un lado y el otro por el otro lado, con un gesto de la mano invitan a los fieles a dirigir su mirada hacia el Salvador. Juan nació para indicar a los hombres el camino hacia Jesús.

El evangelista Lucas narra su nacimiento de manera paralela al de Jesús. El ángel se aparece a Zacarías mientras está llevando a cabo su servicio en el Templo y le anuncia el nacimiento de su hijo. A Zacarías le pareció un anuncio absolutamente inverosímil. El ángel insiste y le indica a Zacarías incluso el nombre que deberá poner al niño: "le pondrás por nombre Juan" (que significa "el Señor es favorable"). Y así fue. En el momento del nacimiento Zacarías recuperó el habla y le dio al niño el nombre de Juan (como acabamos de oír en el Evangelio de hoy). El nacimiento de este niño inaugura una nueva vida para los ancianos padres, cuando ya toda esperanza parecía haberse desvanecido.

Pero por encima de todo, aquel hijo es fruto de la palabra del ángel y su nombre es completamente nuevo: viene al mundo para llevar a los

hombres de su tiempo hacia Jesús. También nosotros somos, como el Bautista, fruto del amor de Dios. Hemos nacido para ser discípulos de Jesús y preparar los corazones de los hombres para que lo acojan como Salvador del mundo.

En las palabras de S. Pablo, en la segunda lectura, queda patente la grandeza de Juan para la Iglesia naciente. Una grandeza evidenciada desde antes de nacer, cuando saltó de alegría en el vientre de su madre Isabel, al sentir la cercanía de Dios, al vivir su primer encuentro con Jesús. Una imagen preciosa de aquello que nos dice el Papa Francisco, en *Evangelii Gaudium*, de hasta qué punto el encuentro con el Señor, con Jesús, transforma la vida, nos da sentido a lo que nos sucede, nos llena de una alegría única. Juan, además, aun oculto en el seno de su madre experimenta lo que dice Isaías en la primera lectura: “Estaba yo en el vientre y el Señor me llamó”.

Cada uno de nosotros podemos experimentar ese gozo de encontrarnos con Dios, y de recordar que hay una vocación del Señor, -si queremos oírle-, para cada uno, una misión que desempeñar, y esto nos debe llenar de alegría. Sentirnos dichosos porque el Señor cuenta con nosotros. Dios contó con Juan y él cumplió. Preparó el corazón del Pueblo, con su palabra y ejemplo, para acoger a Jesús; esa fue la razón de su existencia: Mostrar a Dios a los demás; señalar a quien es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Cuánto peso, agobio, depresiones y tristezas porque la gente no conoce al que quita el pecado, el mal del mundo: Jesús, el Hijo de Dios. Hermosa misión de Juan Bautista; por eso la fiesta de su nacimiento llena de gozo la historia, y a tantos pueblos.

Hermosa misión la nuestra cuando mostramos y llevamos a Jesús; por eso, salir, mostrar, anunciar, son las constantes grandes peticiones del Papa Francisco para regenerar a nuestra Iglesia y a nuestro mundo, por eso él habla de la “dulce y consoladora tarea de evangelizar”.

Que seamos como Juan, gente que lleve a Cristo, a quien quita el pecado y el mal, y es luz y esperanza para nuestras vidas y para el mundo, siendo testigos valientes de la Verdad.

Pidamos en esta Eucaristía encontrarnos personalmente con el Señor, sentirle y llenarnos de su presencia, fuente de alegría, como vivió S. Juan Bautista.

No olvidemos dar gracias a Dios por todo el bien que recibimos de Él, también por el don de esta Fiesta, una gran ayuda para salir de nosotros mismos, para comunicarnos y compartir, unas fiestas que expresan nuestra necesidad de luz y de quemar tantas cosas, para empezar de nuevo y mirar al futuro, a lo bueno que está por nacer y por llegar.

Que Dios –en este día- nos bendiga y sostenga por intercesión de Ella, de nuestra Madre, la Virgen del Remedio. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.